





LOLES, **tres caras** **y una cruz**

Diego J. López

Platero
COOLBOOKS 

Título: Loles, tres caras y una cruz

Primera edición: marzo, 2025

© 2025, del texto Diego J. López.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Portada por Lucas Ortega Lojo, @luki.illustr

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 918-2025

ISBN: 979-13-87720-05-6

*Dedicado a las mujeres de mi vida, que son muchas,
pero, en especial, a mi madre, que lo ha dado todo para
allanarme y abonarme el difícil terreno de la existencia.*



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
1 EL SEPELIO DE MAMÁ	11
PARTE PRIMERA	15
2 ANA, UNA MADRE TOCADA POR LA	17
3 LA COSA VA DE HERMANOS	23
4 VILLAMARTÍN, MI PUEBLO	29
5 LAS INOCENTES.....	31
6 MI TURNO.....	35
7 LO QUE QUEDABA POR VENIR.....	37
8 MI LOLES LLEGÓ.....	41
9 UN BUEN CURA EN UNA MALA ÉPOCA.....	45
10 LOS PRIMEROS CONSEJOS A LOLES	51
11 LA SORPRESA.....	59
12 UNA NUEVA VIDA.....	63
13 TODO SE PARÓ	69
14 SEGUIR RESPIRANDO	75
PARTE SEGUNDA	79
15 LA LOLES	81
16 TOMA DE CONTACTO	83
17 RING, RING: EL SOBRINO NIETO PERDIDO .	87
18 LOS MUROS QUE JADEABAN	91
19 DEL CLAUSTRO A LOS INFIERNOS.....	95
20 BUEN DÍA PARA CONFESAR.....	97

21 UN PASEO POR JEREZ	101
22 PRIMERA DOSIS DE REDENCIÓN	105
23 ASIMILANDO DATOS	109
PARTE TERCERA	117
24 LA PRIMA CARMEN, UNA VERSIÓN	119
PARTE CUARTA	145
25 A VUELTAS CON LOLES.....	147
NOTAS ACLARATORIAS	159

INTRODUCCIÓN

*A la raíz es avenida el hogar
y cuando el agua no riega el tallo
todo se inunda en soledad
y ya no hay remedio al fallo.*



1

EL SEPELIO DE MAMÁ

Loles empinó la copa de manzanilla de Sanlúcar con decisión en el bar de aquel tanatorio frío y sin alma. Al inusual desayuno la acompañaban su hija Carmen, una nuera, Matilde, y Ana, la hija de su hermano Pepe, a la que no veía desde hacía años.

Era bastante temprano, en torno a las seis y media de la mañana. El motivo de aquel encuentro no era casual. Ana, su anciana madre, consiguió la proeza de sobrepasar los noventa años de edad, pero, hastiada de una vida complicada, abandonaba plácidamente su existencia. Las dos últimas décadas las vio venir en una residencia para personas mayores de Jerez de la Frontera.

Todos los que conocían a la finada sabían que fue una decisión que tomó al fallecer su marido. Desde el principio, fue tal la firmeza con la que obró que el ingreso en aquel centro se convirtió en irrevocable, a pesar de la negativa de su hijo Pepe, que se opuso con empeño, pero con éxito nulo.

Sin embargo, ella lo dispuso de esa manera. Necesitaba un lugar impersonal para descansar lo que le restara de vida. No había sido nada fácil todo lo que lidió en aquella humilde y pequeña casa del extrarradio jerezano en la que transcurrieron tantos días difíciles. Para el recuerdo se quedaron

los innumerables enfrentamientos con Loles, la enfermedad de su marido, la crianza impuesta de sus nietos y la pérdida de dos de sus hijos. Eran demasiados recuerdos los que se almacenaban en esos cuarenta y cinco metros cuadrados.

La decisión de vender aquellas cuatro paredes la tomó rápido. Repartió el dinero entre sus herederos forzosos, o eso pensó siempre, y se fue a la residencia. Lo poco que tenía prefería que se lo quedase la Administración si con ello iba a estar atendida. No tenía disposición para atravesar más complicaciones que la de tener que levantarse hasta que la vida le diese aliento y ¡vaya si le dio!, casi a su pesar.

El encuentro con la parca era algo a lo que aquella mujer siempre tuvo un gran respeto. Contaba su gente que, cada vez que tenía ocasión, dejaba claro que quería estar tres días velándose. Según ella, era la única forma de cerciorarse, sin errar, de que estaba muerta de verdad. La anécdota es que era la segunda noche en el tanatorio. Su final había sido plácido, sin dolor. El destino quiso recompensarla cumpliendo su último deseo. Muerta y bien muerta, ¡claro que sí!

Es complicado conocer cómo la pérdida de una madre hace que el ser humano se replantee innumerables cuestiones trascendentales de la vida. Esa desconexión con la raíz en el plano físico es una inflexión irremediable. Muchas de esas incertidumbres se hallan olvidadas en las entrañas más profundas, pero eso no evita que los miedos, las culpas y dudas que nunca antes han aflorado estallen sincronizados como fuegos de artificio. Loles estaba viviendo en sus carnes esa extraña experiencia.

Tomando el amargo trago de la copa que le sirvió el camarero, ante esas tres mujeres de su familia, pero tan lejanas a la vez, afianzó su idea, sin paliativos, de que nunca había sido una buena hija. Al mismo tiempo, se reconoció como una mala esposa, una madre nefasta y una abuela indeseable.

Básicamente, no se consideraba una buena persona. Le dedicó tanto tiempo a su egoísmo que eso trajo como consecuencia hacer daño y poner en evidencia a todos los que la rodeaban. El autoanálisis iba acompañado, también, de un alarde de soberbia e insolencia exacerbado. Un cóctel difícil de digerir.

Para dar argumentos a sus sensaciones, se confirmó en su recogimiento de que no había sido una buena hija, debido a la palpable y más que evidente despreocupación que siempre mostró hacia sus padres. Añadió a sus reflexiones que todavía fue peor madre, teniendo en cuenta el hecho de que abandonó a sus hijos. En esencia, el no considerarse buena persona se debía a que estaba convencida de que no debería ser condición humana la de destruir a los semejantes, ni siquiera a uno mismo. Destrezas de dudosa virtud que cultivó Loles con esmerado empeño desde que tuvo uso de razón.



PARTE PRIMERA

*No admitir la verdad,
¿sirve de algo?
Pues, del rayo, aunque te apartes,
estando de ti, te fulmina.*



2

ANA, UNA MADRE TOCADA POR LA DESGRACIA

No alcanzo a comprender a quién le puede interesar mi vida, triste y con poca luz. Yo solo soy una superviviente de lo que me ha tocado en suerte, ¿podía elegir?, pues eso. He aprendido a que hay que echarse al hombro todas las piedras y seguir adelante. No queda otra. Eso sí, nunca he sido una inconsciente y tampoco una mosquita muerta. He sabido, en cada momento, qué papel me tocaba asumir y, sin dejarme pisar, reconozco que mi biografía está pintada de un gris que tira más al negro que al blanco.

Nunca he tenido el más mínimo interés en destacar sobre nadie. Es por ello que, quizás, haya rehuído siempre de los corrillos de plaza de abastos que siempre me parecieron vulgares y que no aportaban más que carroña. Ya bastante tenía yo en casa como para ir criticando a los demás. ¿Qué sabremos cada uno de las miserias que se esconden detrás de cada sanjuán¹?

A mí, desde luego, me educaron muy bien y jamás he

¹ Una manera de llamar al zaguán o casapuerta en muchos lugares de Andalucía.

perdido los modales que me inculcaron de niña. A decir verdad, era pobre, casi como una rata, aunque nunca faltó un plato sobre la mesa, pero educada como la que más. Tenía una especial manía, la de hacer valer la urbanidad que aprendí durante mi infancia y adolescencia en la casa de mi hermana de leche. ¡Cuánto le debo a esa familia!

Se estarán preguntando qué es eso de una hermana de leche. Pues bien, en 1912, año en el que nací, era muy habitual entre las familias pudientes contratar a nodrizas para dar el pecho a los bebés de alta cuna. En algunas ocasiones era por necesidad física de la madre, al verse esta imposibilitada para esa tarea. En otras, por un sentido de pura estética y con el deseo de no interrumpir la vida social tan agitada que solían tener. En mi caso, fue por lo primero.

Aunque mis padres eran naturales de Bornos, tenían cierta amistad con don Bertín, el administrador de la finca en la que trabajaban. Ese hombre era de un pueblo vecino, Villamartín. En una ocasión, a sabiendas de que madre estaba embarazada de mí, fui la primera hija de dos que tuvo el matrimonio, el jefe la tentó con la intención de que conociese a doña Bella. Esa señora era una pariente suya, también de Villamartín, que vivía en una lujosa casa de la calle Álvarez Troya, hoy día calle El Santo. Ambas estaban embarazadas. La intención de la propuesta era tenerla en cuenta en caso de necesitarla como ama de leche.

En principio, madre me contó que ella no sabía qué era eso y, la verdad, es que le sonó a cuento chino. Se asustó un poco. ¿Qué pintaba ella dando el pecho a un recién nacido ajeno y que tampoco pertenecía a ningún familiar o vecina de confianza? Pero la insistencia de don Bertín hizo que terminase accediendo a entrevistarse con la susodicha.

Ambas embarazadas se veían bien lozanas y estaban, casi, en su recta final. La oferta de doña Bella era difícil rechazar. No obstante, no quiso tomar una decisión sin hablar antes con Joselito, es decir, mi padre. Al llegar a Bornos, casi

anocheciendo, madre, que se llamaba Manuela, corrió ávida y llenita de emoción a contarle a padre todo lo que le habían ofrecido. Se intuía que debía ser tarde, porque era primavera, fechas en las que la puesta de sol se alargaba. Aunque todavía clareaba un poco el día, el ocaso desdibujaba ese límite que empezaba a unir a la campiña con los primeros montes de la Sierra de Cádiz, justo entre los términos municipales de Bornos y Villamartín. A padre no le hizo gracia que su mujer llegase a casa a esas deshoras y, mucho menos, estando preñada.

—Joselito, no te lo vas a creer, pero hoy me han hecho una oferta que no podemos rechazar —dijo henchida de emoción.

—A ver, Manuela, no me hagas el lío que de estos señoritos no podemos fiarnos mucho. Ya sabes lo que pienso, nosotros a nuestro jornal a casa y cuanto menos trato con ellos mejor —contestó él muy desconfiado de lo que tuviese su esposa que contarle—. Además tú crees que esos endriagos en algo van a pensar en nosotros —volvió a reflexionar.

—¡Calla, hombre! Espera a que te cuente. Claro que ellos miran por sí mismos, por eso te digo que el trato no puede ser mejor.

—Pues ahora es cuando no entiendo ni una migaja del asunto, Manolita de mis entrañas —espetó poniendo cara de extrañado aquel labriego.

—Pues claro, marido, es que no se puede ser tan ligero de pensamiento. Vamos a ver, una de las mejores familias de Villamartín me ha ofrecido ser el ama de leche de la señora. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Ama de qué? ¿Pero eso qué diablos es? Cosas raras no quiero ni siquiera que las tratemos, y menos en casa. Ruinas, por si acaso, ni se nombran.

—Pero, ¡qué dices, hombre de mala fe! Si no sabes de qué estoy hablando. Anda, siéntate y escucha, ya después lo valoramos. Es más, si tienes alguna duda de lo que te

cuento, mañana hablas con don Bertín y que te amplíe él la información; a lo mejor a ese tipo lo crees más que a mí. ¡Ya te valga, señor mío!

—Bueno, a ver, suelta de una vez qué te ha dicho esa gente.

—Por fin, hijo, qué trabajo te cuesta centrarte en el meollo y alejar la cabezonería —regañó ella con confianza a su esposo—. Ser ama de leche significa que, cuando nazca nuestro bebé, nos trasladaremos a la casa de esa tal doña Bella y su marido, don Sebastián, para que yo amamante a su futuro descendiente. A cambio, nos ofrecen vivir en esa misma casa, en un apartado y tener asistencia sanitaria y acceso a la cocina. Se da por supuesto que tú trabajarías en la finca familiar, pero para eso tenemos que abandonar Bornos. Nos han dado dos o tres semanas para pensarlo, si no buscarán a otra.

—Vamos a ver que yo me entere, Manuela, ¿que nuestro hijo o hija no va a poder mamar de tus pechos para dárselo a una señoritinga? No veo eso ni medio normal. Aquí no hay nada más que hablar. Nos quedamos en Bornos y punto. Mañana voy a hablar yo mismo con don Bertín y le voy a decir que ni se le ocurra, por las telas del pensamiento, de meterte tantos pájaros en la cabeza, que ya bastante tienes con estar preñada y tener que trabajar como para que te cargue con más idioteces. ¡Entendido! —dijo en voz elevada casi pegado a la cara de su esposa.

—No sabes lo que estás haciendo. ¡Desagradecido! Eso, vete y esconde la cabeza que por no arriesgar nos vamos a ver siempre aquí, viviendo en esta pocilga.

—¡Mujer! —gritó, ahora sí, con furia—, ¡cállate! A ver si no vas a dormir calentita. —La amagó ladeando la palma de su mano.

—¿Serás capaz?, animal. Tú eres mucho de boca, pero no tienes los santos que hay que tener para ponerme a mí una mano encima. Anda y acuéstate ya —le respondió ella

con la misma fuerza.

Era un matrimonio, el de mis padres, bastante equilibrado. Sabían que de ahí, de esa discusión, en el fondo sin importancia, no iban a pasar. Jamás en mi vida vi en casa que padre y madre se faltasen el respeto. Esta fue la única vez, según me contó ella, que habían discutido con tanto acaloramiento, aunque, como casi siempre, madre terminó saliéndose con la suya. Al día siguiente, no sé cómo lo hizo para que padre hablase con don Bertín y comunicarle que estaban decididos a aceptar el trato de doña Bella y don Sebastián. Unos pocos meses después, Bertín se convertiría en mi padrino de bautizo.